



CIUDADANOS.

Luis Alberto del Castillo



I

Fue durante la primera vigilia. El joven príncipe se despertó sobresaltado al ruido de nuestros pasos; se sentó en la cama y con sus ojos muy abiertos avizó la semipenumbra de su cámara. Pareció tranquilizarse cuando me reconoció.

-¿Qué queréis?- nos preguntó con su melodiosa voz. Nuestro silencio, la ominosa forma de flanquear su lecho puso temblores en sus palabras: ¿Qué queréis? Padre, no... ¡Oh, Diosa, no! - apenas gritó, cuando la comprensión de su fatal destino aturdió su espíritu.

Mis manos se tendieron rápidas a su cuello. Sus ojos desencajados penetraron en los míos, estaban preñados de un miedo infinito y plenos de la certeza absoluta de su muerte; apreté fuerte y realicé una torsión brusca y el joven príncipe murió.

Fue durante la primera vigilia, cuando yo mandaba la guardia de sus aposentos.

Fue durante la primera vigilia, cuando Antonino Geta fue muerto.

II

La tarde seguía descorriéndose sobre los jolgorios y ruidos del tercer día de fiestas.

El teatro funcionaba sin interrupción.

El macelo y la pescadería tras los días de vacación daban salida, ya, a sus reservas ante la demanda inusitada de congiarios públicos. En las callejuelas adyacentes y en la calle hacia las termas, las tiendas de vinos remataban dolio tras dolio en las insaciables gargantas de una multitud trajinante y bullanguera. Por la parte del ocaso, los lupanares no conocían un resquicio de descanso; parecía que aquellos miles de hombres bulliciosos se hubiesen empeñado en saldar una vieja y, ahora, inaplazable deuda priapea, tal como si el Orbe fuese a concluir al irse el sol.

El ir y venir del litoral a la ciudad y de la ciudad a la costa de esta muchedumbre ebria y vocinglera, de estas gentes acudidas de toda la Bética, de la vecina Tingitana e incluso de la lejana Lusitania, empezaba

a preocupar a los tres hombres reunidos en la cima de la escalinata del Capitolio. Desde esa posición privilegiada, de amplio dominio panorámico, veían fluir y refluir el gentío. Dos de ellos vestían los ropajes que les acreditaban como los duunviros del municipio, el tercero, encima de la túnica corta llevaba un jubón de cuero y usaba pantalones galos, cuyos pernils azotaba alternada y suavemente con el sarmiento, que en su mano izquierda simbolizaba y retenía todo el poder militar en Baelo Claudia. Temía el centurión que esas miles de borracheras degenerasen en desórdenes y que la guarnición escasa, -un manípulo de vexiliarios- e inveterada en la holganza y en una milicia sin sobresaltos, fuese incapaz de meter en cintura al populacho desmandado. Y abundaba en la expresión de sus disgustos y temores. No sé por qué estos festejos sin trabajo. Seremos afortunados si la chusma no arma una batalla campal en los arenales.

El duunviro Marco Marcio le respondió tajante: ¡Estoy harto de oír tus quejas ! ! Nada se hace a tu gusto, Cecilio ! Los cinco días de fiestas los han ordenado desde la Urbe. Es la forma de celebrar y agradecer al Augusto Antonino Caracalla la concesión de la ciudadanía a todo el Orbe.

- Sí, si eso que dices está muy bien, Marco; no me quejo, lo que digo es, ¿por qué no se han dejado las celebraciones para cuando termine la temporada de los atunes? Digo yo que entonces toda esa gente se habrá ido; si ya cuesta trabajo mantenerlos tranquilos en los descansos diarios y en los días de mercado ordinario, ya me diréis ahora...

Sexto Tacio, duunviro que había permanecido silencioso hasta ese instante, intervino: Tal vez, caro Cecilio, lo más correcto que puedes hacer es despreocuparte de si esa turba hedionda decide degollarse allá abajo y ocúpate de la seguridad de la ciudad.

- Sí, eso es lo que me tiene sin sueño...

- Pues toma las disposiciones oportunas para que todos ellos estén fuera, antes de la noche.

- Si no hubieseis repartido tanto vino -se lamentó el centurión.

-Ahí llevas razón -reconoció Marcio-. Daremos órdenes para que en los figones, a partir de mañana, los vinos y mostos se rebajen al máximo.

- Pues bueno será que seáis rápidos en esa orden no sea que cuando amanezca aún sigamos igual; yo me voy a reforzar las guardias y a ir echándolos. Luego nos vemos.

- Vale, Cecilio -le contestó Marcio.

Tacio le despidió con un gesto de su diestra y dirigiéndose a su colega, le pidió: Acompáñame a ver a Lucio.

- ¿ Ahora ?

- Pues, ¿cuándo quieres que tratemos el asunto de la descarga del mármol?

- De acuerdo, vamos.

I I I

Macrino y Yubal nos franquearon la entrada. Íbamos en silencio. El cuerpo, aún caliente, era una carga ligera en mis brazos.

Antonino Caracalla abandonó su silla y avanzó a nuestro encuentro. Estiré mis brazos y le enseñé, le ofrecí la víctima.

- El Imperio es tuyo, Caracalla. La herencia entera de Severo es para ti. Cumpliendo tus órdenes he matado a tu hermano.

Luego, con el mismo afecto con que lo acostaba en su yacija cuando era un niño de pocos años y compartíamos tienda en los castros, puse a Antonino Geta en el suelo, a los pies de su hermano.

En silencio, esta ocasión solo, abandoné las habitaciones de Antonino Caracalla. Estaba terminando la primera vigilia.

El hedor peculiar de las factorías de garo impregnaba la tórrida tarde de estío.

Yempsal llevaba cerca de un año en Baelo Claudia, trabajando en las conservas y todavía no se había habituado a ese olor fuerte y agrio, aunque su piel oliera a salmuera y a pescado podrido, pese a sus visitas regulares a las termas; y sobre todo, le era insoportable aquellas jornadas, en que soplaban el euro o el noto. El nómida no se explicaba como los habitantes de la ciudad aguantaban aquella fetidez nauseabunda. Los que moraban allí desde hacía años, o desde siempre, ante su extrañeza bromeaban: Es cuestión de costumbre; o te vas, o te mueres en los dos primeros años de estancia, después te has acostumbrado a este pestazo y ni te das cuenta. Comes, duermes, trabajas, fornicas, te emborrachas y vives con él; ya no hueles otro olor.

Y esa tarde, tercera de las fiestas que celebraban la Constitución Antoniniana de Ciudadanía, Yempsal estaba ya lo suficiente ebrio como para no advertir ni el tufo de su última vomitona, cuyos residuos rielaban en sus barbas enmarañadas y mugrientas, ni la hediondez proveniente de los pilones y de las grandes tinajas de salazones de la factoría. Caminaba con paso balbuceante, sin tropiezos de importancia; de vez en vez se paraba, se recostaba en la pared más próxima y mamaba breves sorbos del pitón de una vejiga llena de mosto. Ahí estaban gastados sus últimos cuadrantes, motivo para dilatar los altos en su deambular y que las libaciones fuesen tan cortas.

Poco a poco, fue avanzando entre la plebe que congestionaba las vías, hasta alcanzar la Puerta del Mar. Desde aquel punto, abandonada la ciudad y dejando a su izquierda el puerto y las instalaciones conserveras, sorteó las salinas y tomó el sendero que llevaba a las cabañas y los chozos del arenal. Su chamizo era el último del Poniente; iba a entrar en él, cuando desde la choza vecina su ocupante le llamó.

- ! Yempsal; eh, Yempsal ! Ven aquí.

- ¿ Qué quieres, Eurialo ?

- Ven, que te enseñaré algo bonito -el griego acompañaba sus palabras con gestos muy expresivos y convincentes, así que el nómida concluyó por penetrar en el cobijo.

- ¿ Qué es ? -demandó con voz bronca.

- Guarda un poco, ya están acabando.

Al fondo del tabuco, en la semipenumbra que el sol en el ocaso moteaba rojiza al traspasar los cañizos y ramajes, un bulto informe se agitaba acezante, ya en los compases y achuchones postreros de la cópula.

- ! Ah, es eso ! Me marcho; no tengo ganas. El nómida se dió la vuelta, pero el griego le cogió por un brazo y le insistió.

- ¿ No tienes cinco ases ? Te garantizo que es espléndida; es de tu gente o al menos eso me parece, pues habla con vuestro deje y además Boca de Oro me la ha vendido por africana.

En ese instante la actividad amorosa había finalizado y un tipo larguirucho pasó veloz por el lado de los dos hombres y salió al exterior. Yempsal se dirigió hacia la figura pequeña que yacía sudorosa sobre una esterilla rota y destrenzada.

- !Pero si es casi una niña!, -murmuró-.

- Ya te he dicho que era una cosa bonita. Se la compré a Boca de Oro por tres denarios. Si recupero ese dinero; la dejo libre y...- rió- ya podrá ser ciudadana romana, igual que tú y que yo. Dame un trago.

Yempsal le alargó la vejiga.

- No tengo ni un cobre. Hasta que no vuelva al tajo...

- Bueno, da lo mismo; me bebo el mosto y te dejo que la forniques. ¡Pero una vez nada más, eh!

- Vale.

El nómida se acercó a la muchacha. Los ojos de la jovencita brillaron en la oscuridad que al fin señoreaba el refugio. Hacía calor y no se notaba que la noche recién venida fuera a refrescar. Yempsal colocó

sus manos sobre el cuerpo desnudo, húmedo de sudor y entonces ella le habló. Fue la luna y el aire, el ruido del sol y el frescor del agua de los oasis. Fue la brisa y el romper del oleaje, el primer lobo cazado y la euforia enervante tras la batalla. Yempsal sintió que un viento frío le aclaraba la cabeza; luego, de inmediato se ahogaba, no podía seguir allí, era semejante a aquella otra noche, asfixiándose con el peso de la muerte, con el manto de los recuerdos felices, los dulces días de gloria junto a Severo, cuando las gentes de África empezaban a ser temidas, respetadas por los opresores seculares. Similar a aquella noche lejana de la primera vigilia, ahora la cabeza de Yempsal, el que fuera tribuno nómada de la *I Parthica* que fundara Septimio Severo, estalló. Abandonó el resguardo de Eurialo sin atender sus llamadas y corrió enloquecido hacia su cubil, allá al lado, al fin del arenal, ahora alumbrado por las fogatas incipientes que jalonaban las puertas de los sueños nocturnos.

V

Fue también durante la primera vigilia, a la noche siguiente del asesinato de Antonino Geta, - vigilia insomne, cuajada de imágenes de Geta: recién nacido en los brazos de Julia; su alegría infantil en su fiesta de cumpleaños al recibir mi regalo, su primer arco; la embriaguez juvenil que le embargó en sus primeras Lupercales... Sí, fue también durante la primera vigilia, cuando los sicarios de Antonino Caracalla, antiguos camaradas de la *I Parthica*, me vinieron a buscar en mi casa

Fue en esa primera vigilia, cuando el oro de Antonino Caracalla derramó la sangre lenta de mi anciana madre. Fue en esa noche, cuando el cuerpo yerto de Antonino Geta recibía los honores de la deificación, decretados por el Senado y consentidos por su hermano, cuando el oro del fratricida, que compraba todo, derramó la sangre vivaz de Lucilia, mi tierna concubina.

Fue en esa noche, cuando, defendiéndome y vengándome, maté a mis antiguos compañeros de armas; y con la fría lucidez de un odio inacabable comprendí que debía huir de Roma. Caracalla no quería verme vivo, no me deseaba presencia permanente de la consumación de sus ansias criminales.

Arrebaté sus marsupios a los muertos y vacié los áureos que habían cobrado para asesinar nos en un zurrón, que fuí llenando con joyas y con el pecuniario fuerte que guardaba en mi mansión. Luego, preparé piras funerarias para mi madre y Lucilia en sus respectivos cubículos y cuando las llamas hubieron prendido de manera inextinguible, me marché de mi morada y de Roma.

VI

Yempsal no pudo precisar que hora nocturna era, pero el torpor de la somnolencia desapareció y se despertó recordando las palabras de la joven nómada. Hacía años que no hablaba la lengua de su infancia, tan sólo algunas palabras sueltas, todo lo más algunas expresiones imposibles de olvidar; pero ahora, a pesar del tiempo transcurrido, el idioma de sus padres afluía vigoroso, fresco y con vigencia. Cuando la muchacha le había hablado en el tugurio de Eurialo, no había entendido nada, aunque aquel habla le había lanzado un turbión de sensaciones, que le habían arrebatado a su pasado; sin embargo, ahora recordaba cada frase.

“Hermano, hombre fuerte, sálvame. Hermano, hombre fuerte, llévame contigo, “

Yempsal se levantó y salió de su cobertizo. La luna llena estaba alta, iluminaba a la joven que velaba a la entrada.

- ! Tú ! ¿ Qué haces aquí ? - sin darse cuenta, el antiguo tribuno de la *I Parthica* había hablado en su lengua primera.

- Iba a buscarte- añadió. Se arrodilló a su lado y la arrebujo entre sus brazos, apretándola contra su pecho.

Ella le contestó con su voz pastosa, cálida: Cuando te fuiste, hermano, hombre fuerte, me levanté para seguirte, pero el griego no me dejó y te vi entrar en tu choza; luego vinieron dos más, juntos. Me tomaron y se marcharon, Le pedí al griego, hermano, hombre fuerte, que me dejara ir contigo, pero se rió de mí. Me hablaba y hablaba y no le entendía nada. Apeataba a vino, Después me tomó y cuando acabó, vomitó y se durmió. Me escapé y la Diosa Madre me ha enviado hasta ti, hermano, hombre fuerte. Llévame contigo, sólo tú eres mi hermano, la Diosa Madre te ha puesto en mi camino.

Yempsal se irguió y ayudó a incorporarse a la joven. Penetraron en la choza. El númida buscó entre sus vestiduras y extrajo una bolsa de cuero muy usado, la abrió y hurgó en ella hasta encontrar unos mendrugos de queso y un trozo negruzco de cecina, que ofreció a la joven; y mientras ésta masticaba la magra ración, sin causa aparente Yempsal comenzó a contarle su vida. Meses de huida y de silencio, sin apenas comunicarse con nadie excepto con los odres de vino, callados compañeros que compartían sus noches malversadas y sus cuitas; y ahora, alguien que era su sangre, su gente, su propia piel bronceada, estaba allí con él y él se vació, las palabras surgían libres como un torrente impetuoso: la niñez, las cacerías en las montañas, el discurrir de las noches y los días hasta que conoció a Septimio Severo. Aún era un joven, pero cuando lo vió en Leptis, comprendió *"Fue como una iluminación de la Diosa. Supe que tenía que servir, seguir al Legado del Procónsul. Él y sólo él volvería a recuperar la grandeza númida que Yugurta había perdido, Con Septimio Severo los africanos seríamos escuchados en el Imperio Universal, seríamos sus dueños y todas las gentes del Orbe conocerían la hospitalidad, la generosidad de los africanos."*

Durante un par de horas, Yempsal contó sus grandezas y sus crímenes, cuando las situaciones no se produjeron como las había soñado; habló de su amor a Severo y a su hijo menor, Geta; la promesa que había hecho al Príncipe de evitar que sus hijos destruyesen el Imperio, por ambiciones y luchas fratricidas.

" Ese juramento sagrado fue el que años más tarde me llevó a eliminar al más débil de los hermanos, a mi queridísimo Geta, en favor de la perduración de la dinastía, en beneficio del más duro y enérgico de los dos, de Basiano, del ahora Príncipe Antonino Caracalla. Ese monstruo fratricida, que duerme con su madrastra Julia; el Príncipe Piadoso que ahora nos ha concedido la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio. Me río de su liberalidad, ¡todos ciudadanos! ¡Cerdo codicioso! tras su generosidad marcha la codicia: la vigésima de las herencias de todos los ciudadanos. Esa es la verdad Todo lo demás ha sido mentira mi vida ha sido un engaño; me equivoqué, soñé un Orbe regido por la justicia y la hospitalidad que caracterizan a nuestras gentes y mira, he servido a Príncipes crueles y tiránicos. Toda mi vida ha sido un error, y el más grave elegir a Caracalla en lugar de a Geta."

Calló cuando el alba de la hora primera entraba en la chozuela, entonces la muchacha le dijo: Hermano, hombre fuerte, bésame, abrázame.

VII

Rondaría la hora tercera, cuando deshaciendo la ligazón voluptuosa, Yempsal sacó de su bolsa una moneda de oro.

- Mírala. Es la cara de Severo me lo regaló el mismo. *"Toma este áureo, yempsal, me dijo, y guárdalo siempre como prueba de mi afecto y de la Fortuna Augusta"*.

La moneda mostraba la efígie con luenga barba de Severo en el anverso; en el reverso a la Fortuna, sedente ante un ara .

- ¿ La has visto ? Esta pieza será nuestra fortuna. Aquí está -golpeó con el índice diestro a la figura de la diosa del azar- nuestra puerta a la libertad, a la verdadera libertad de nuestras montañas. Volveremos allí, hermana. Allí de donde los traficantes de esclavos te arrancaron; allí, a aquellas tierras que mis vanas ilusiones me hicieron olvidar. Hay un barco en Baelo, que ha traído mármol de nuestra tierra; si ya lo han descargado,

partirán para allá. Con esta moneda pagaremos nuestro pasaje. Vamos hermana, en pie. Volvemos con nuestra gente.

VIII

La nave oneraria *Hesperio* era propiedad de una compañía siria y poseía una magnífica prestancia marinera. Realizaba habitualmente transportes de mercaderías en la ruta costera de Cartago a Gades, tocando Cesarea, Tingis y Baelo Claudia, aunque en esta ocasión hubiese rendido travesía en este último punto, por razón de la mercancía transportada.

Su capitán, un alejandrino de edad madura y buen conocedor de las corrientes y derivas del Mar Nuestro, acogió de buen grado a la pareja y ante la óptima acuñación del áureo evitó preguntas indiscretas.

- Levaremos anclas e izaremos velas tan pronto la marea sea favorable; es decir, a mediodía.- Con buen humor añadió locuaz- La verdad es que, aún, tengo a media tripulación con los efectos de las borracheras. En cuanto se refresquen, pongo proa a Tingis. Menos mal que los duunviros de aquí usan la cabeza para algo más que llevar el petaso y han autorizado que, a prima hora desembarcasen la carga de mármol. Ya estaba cansado de estar aquí.

- Si no te importa, pasaremos el tiempo de espera en el lugar que nos indiques.

- Correcto. Venid.

Apenas fueron dejados solos en el reducido habitáculo, los dos se abrazaron y besaron con la violencia amorosa que toda pasión nueva comporta, descubriéndose en cada caricia y renovando los antiguos rituales venéreos, como si fueran los únicos oficiantes del Orbe.

Los chirridos de las cadenas de las áncoras al ser subidas, las voces de mando y el crujiir de las cuadernas fueron las señales para los amantes, que se iniciaba la maniobra de desatraque. Se vistieron y subieron a la cubierta.

Hacía calor y un ligero céfiro no atenuaba la torridez de un sol fortísimo, dominante en un cielo sin nubes.

Los dos pasajeros se acodaron en una de las bordas y miraron a las gentes que, festivas, habían acudido a ver las velas en alto, el ancla recogida y la nave *Hesperio* suelta de amarras partiendo a cruzar el Estrecho Calpense.

De repente, entre el gentío se produjo una agitación.

Un hombre obeso, que era llevado en silla de manos de un par de forzudos esclavos y precedido y flanqueado por una escolta, fue abriéndose camino entre los desocupados y llegó a la punta del puerto, donde la *Hesperio* había estado fondeada. Detrás de la comitiva corría, con trote cansino, Eurialo, el griego.

El céfiro empezó a inflar las velas, a cada momento con más fuerza; entonces el gordo vió a la muchacha nómida al lado de Yempsal, en el barco que zarpaba, abrió su boca repleta de dientes enfundados en oro y chilló estridente: - ¡ Es ella !! Maldito Eurialo, ve por ella, perro sarnoso !! ¡Expósito, hijo de una expósita, ve por ella!

Eurialo corrió, al borde de sus energías saltó y de forma prodigiosa se engarfió a la borda; justo al lado de Yempsal. Este miró a la muchacha y exclamó con voz estentórea: ¡Hermana, tu rostro es de ceniza; pero no temas, eres ciudadana romana y eres mi mujer!

- ¡ Por tu madre, nómida -jadeó el griego- devuélvesela a Boca de Oro, o me matará!

- ¿No la compraste a ese cerdo por tres denarios?

- Fue un malentendido, una chanza...

- Una broma, dices...

- Sí, nunca fue manumitida, yo...

Las velas chasquearon ruidosas cuando el viento las tensó, el navío dió un soberbio bandazo y luego con un cabeceo estremecido de proa a popa, se alejó del atracadero. Boca de Oro gritaba hasta desgañitarse, rodeado por la multitud expectante.

- ! Es mía, vuelve! ! Te mataré, Eurialo, perro sarnoso!

Eurialo ya no hablaba, sollozaba y sus dedos, acalabrados por la tensión a que les sometía su peso y la mala postura, comenzaban a aflojar su agarre.

Yempsal gritó: - ¡Una broma, dices; pues, adiós, bromista!

Alzó sus puños y los dejó caer sobre las manos de Eurialo; el crujido de los dedos machacados se enlazó con el alarido del griego al caer al mar, coreado por miles de carcajadas de los espectadores de tan singular peripecia. El nómida miró hacia el empedernido y gesticulante Boca de Oro y haciendo bocina con sus manos le voceó: - ¡¡Qué la Diosa te maldiga, irrumador de efebos, castrado, robahuertas !!

Se volvió hacia su amada: - Vamos abajo, hermana mía, aún nos quedan noches y días hasta arribar a Cesarea.

Ella sonrió. Su tez había recobrado su color de bronce bruñido y sus ojos, negros ónices, brillaron lascivos y traviosos.

- Sí, hermano, hombre fuerte, bajemos y sacrifiquemos a la Diosa madre nuestro placer sin fin.

I X

En medio del Estrecho de Calpe, la *Hesperio* se cruzó con el trirreme de guerra *Escipión*, cuyo último puerto había sido Malaca.

El sol era un disco rojo cayendo en el horizonte cuando la oneraria siria enfiló la bocana del puerto de Tingis.

Yempsal y su amada joven dormían felices y agotados.

Nadie turbó su sueño, ni su abrazo.



